

## Una taza de té

Yanneth Ortiz T.

Sentada en mi sofá verde, junto a la mesita de noche, a punto de dar el primer sorbo al té que minutos antes había preparado, regresó a mi mente, como un relámpago, una pequeña iluminación, las palabras que escribió Jung<sup>1</sup> sobre arquetipos y complejos maternos. Al leerlo, semanas atrás, no despertó mayor interés en mí, quizá porque Cam corría de un lugar para otro, o porque la hora de la cena se acercaba y la sopa seguía sin prepararse, pero ahora, con un poco más de tranquilidad, no dejaba de pensar en eso: me sentía identificada con lo que había leído.

¿Era posible que mi personalidad, mi vida, encajara en una idea como la que el autor describe? Hipertrofia de lo materno, deseo por ser madre. Recuerdo las palabras exactas: «[...] pese a todo su aparente autosacrificio maternal, es incapaz de un verdadero sacrificio, y en realidad hace prevalecer su instinto materno manifestando una voluntad de poder muchas veces sin consideraciones [...]».<sup>2</sup> Me indigna, y rechazo aceptar tal idea.

Pero, como si una vocecilla dentro de mi cabeza se impusiera en mi contra, escuché lo que yo misma había pensado el verano pasado: «Le hubiera gustado tener siempre un bebé en casa. Nunca era tan feliz como con uno en brazos».<sup>3</sup> Y era cierto, no me cansaría nunca de jugar con sus deditos, de escuchar sus primeras risas, de besar sus frentecitas, por algo tuve ocho hijos, la maternidad me llenaba. Mas no giraba mi vida entera alrededor de eso, cuidaba mi jardín, tejía por las tardes. Claro que me habría gustado hacer más, pero el tiempo, nunca había tiempo, los niños tendrían que crecer, ¡ah!, si tan solo fuesen niños siempre. «Pero ¿qué he hecho con mi vida?».<sup>4</sup>

¿Estaba ya resuelta mi existencia entera? Subir y bajar las escaleras, siempre pendiente de mis hijos. El gasto del invernadero. Terminar de tejer las medias para el hijo del farero. Los invitados. ¿Era feliz? Leerle un cuento a James, buscar con qué distraerlo. «Los niños nunca olvidan», recuerdo haber pensado; no ir al faro esa temporada lo recordará siempre.

<sup>1</sup> «Carl Gustav Jung (1875-1961) fue médico, psiquiatra, psicólogo, ensayista y una de las figuras principales en la etapa inicial del psicoanálisis. Fue fundador de la Escuela de Psicología Analítica, también llamada Psicología de los Complejos y Psicología Profunda. “Fue discípulo de Freud y profesor de las Universidades de Zúrich y Basilea». Cuarta de forros de *Psicología y religión*.

<sup>2</sup> Carl Gustav Jung, *Arquetipos e inconsciente colectivos*, p. 81

<sup>3</sup> Virginia Woolf, *Al faro*, p. 82.

<sup>4</sup> *Ibid*, p. 119.

¿Me siento más libre cuando están dormidos? ¿Me libera no tener que estar pendiente de qué digo, en dónde están o si Jasper dejará su etapa de disparar a los pájaros?

Voluntad de poder. Poder sin consideraciones. Tiranía. ¿Era yo tiránica? «Voluntad de dominio, deseos de interferencia, ansias de que las personas hicieran lo que ella quería [...] ¿podía dejar de ser como era?».<sup>5</sup> Encuentro la misma acusación por todas partes. ¿Es, pues, un rasgo intrínseco en mí? Soy consciente de que me gusta el control, mas yo lo llamaría mantener el equilibrio vital de las cosas. ¿Acaso el destino no necesita una guía y un empujón?

Si dos jovencitos tan atractivos como Paul y Minta aún estaban solteros, ¿por qué no acercarlos? Mi dulce Lily Briscoe, talentosa, pero demasiado ingenua, debería casarse con William Bankes. ¿Acaso no notan todo lo que tienen en común? Cometí un error al no hacer que se sentaran juntos durante la cena, que dieran un largo paseo a solas por el jardín. ¡Es que todos deberían casarse! ¿No es eso lo mejor que le puede pasar a una mujer? ¿No es el peor de los destinos vivir en soltería? Sin embargo, ¿había yo abusado de mi influencia? Por momentos olvidaba de lo que era capaz. Quizá Paul y Minta no tenían lo necesario para comprometerse, para tener un feliz matrimonio, no tenían lo que el señor Ramsay y yo.

¿Lo teníamos? ¿Es que puede ponerse en palabras, como una lista a cumplir, lo que una pareja necesita? ¿Amo yo a mi esposo? Lo amo, por supuesto, pero me es imposible decírselo. Con amor o no, un matrimonio puede triunfar. Un matrimonio. ¿Es realmente importante una vida conyugal? Importante o no, ya había provocado el compromiso de Minta.

¿Cómo me puso los nervios de punta su retraso a la cena! Tenían que estar todos a tiempo, un platicillo como el de aquel día no podía hacerse esperar o se arruinaría todo. Mantener la conversación a flote, no dejar que nadie se ahogue o se quede al margen. Escuchar la pelea del señor Tansley, quien se sentía rebajado, necesitaba reivindicarse. Yo debía hacer que la charla siguiera un río más calmo,

<sup>5</sup> *Ibid*, p. 81.

con ayuda de Lily lo conseguí, al final de cuentas era cierto que siempre lograba lo que me proponía. ¡La canasta de fruta! Me había descubierto a mí misma observándola, maravillándome de su perfecto equilibrio, cuidando que nadie lo corrompiera, mas fue mi propia hija quien tomó una pera. ¿Era yo tiránica por desear que la canasta de fruta se mantuviera intacta?

¿En dónde está el límite entre ayudar a los demás, entre mantener a los invitados en armonía y abusar del poder? Línea tan desdibujada que mi miopía no me permite verla. ¿Me acusarán mis hijos, al ser mayores, de haber sido tiránica, cuando lo único que hice fue velar por su felicidad? Quizá me odien porque no pude llevarlos al faro. Lloverá, pronosticó su padre, y él siempre decía la verdad. Otro verano será, querido James. Otro verano iremos al faro y entregaré por fin ese par de medias. Otro verano.

¿Mi vida entera se basa en mis hijos? ¿Mi felicidad en la suya? ¡Y es que temo tanto al día en que dejen de ser niños! ¿Por qué deben crecer y perder la felicidad? ¡No crezcan, James, Andrew, Prue! ¿Qué no logran ver que al crecer lo perderán todo? ¿Por qué no puedo empequeñecerlos y mantenerlos en mi pecho?

El sol baja ya, mi té un poco frío. Casi termino de tejer el suéter para mi pequeña Cam. Estoy tejiendo, por supuesto ¿Es que habría de hacer otra cosa? Es esto lo que quiero hacer, abrigar. ¿O es también una idea impuesta o la respuesta a algún otro arquetipo? Me queda un mal sabor de boca. No logro descifrar si es que el té me ha quedado amargo o la consciencia de que es un patrón preestablecido lo que estoy siguiendo.

Escarbo en mis recuerdos, con el tejido a más de la mitad. Punto a punto, vuelta a vuelta, estoy segura de que lo conozco, lo he leído en algún lado, lo escuché en algún otro. «Ángel del hogar»: las letras aparecen en mi mente. Era la mujer la figura angelical del ámbito doméstico, la que cuidaba de su esposo y sus hijos, la que cuidaba de la economía y las actividades sociales.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> María Ángeles Canteros Rosales, *De «perfecta casada» a «ángel del hogar» o la construcción del arquetipo femenino en el XIX.*

¿Era esa yo? Un ángel condenado al cuidado de los demás. Puedo presentir que la respuesta es positiva. ¿No me muestro temerosa al momento de hablar con mi esposo sobre los gastos? Siempre intento rehuir el tema, postergo la declaración. El gasto del invernadero. Y es que era yo la única que sabía de nuestros hijos, nuestros gastos, el señor Ramsay, ocupado filósofo, gran científico, ausente en su hogar. ¿Hablábamos de algo en algún momento? Muy poco hasta la fecha. Recorriamos juntos todo el jardín, intercambiábamos alguna broma, pero ¿realmente manteníamos conversaciones? Fuera de ese tiempo, él siempre está recluido en su estudio, sumergido en sus libros, preocupado en si la juventud leerá alguna de sus publicaciones. O en su defecto, soy yo la que está al pendiente de la cocción correcta de la cena, tratando que Nancy deje de burlarse del pobre señor Tansley, cerrando acuerdos entre mis hijos y colgando mi chal como sinónimo de paz. Sí, soy yo quien se ocupa del hogar.

El señor Ramsay puede traer a nuestra casa veraniega a cuantos invitados quiera y deshacerse de otros más, pero siempre soy yo la que organiza las cenas, quien otorga tales asientos a los invitados. Quien está al pendiente de cualquier cosa que necesiten: papel, tabaco. Me gusta hacerlo, mantener esa parte controlada. ¿Pero me gusta porque es esa mi personalidad, porque soy el resultado de una hipertrofia maternal o porque respondo a un arquetipo aún más oscuro que ese? Temo a la respuesta.

Pienso en mi pequeño James, tan receptivo, tan curioso. Puedo sentir cómo se tensa al interactuar con su padre, y yo me tensó con él. ¿Es que acaso su padre está tan distante de él y sus hermanos que ahora lo ven como amenaza, como un individuo externo a ellos? ¿Puede acaso un padre provocarle miedo u odio a sus propios hijos? ¿En dónde estaba mi esposo en cuanto a la crianza de sus propios hijos se trataba?

Quiero acercarme más a él, comprenderlo, pero en cuanto lo tengo a mi lado una parte de mí lo rechaza. ¿Podremos acaso mantener una charla? ¿Son celos lo que siento cuando bromea sensualmente con Minta? Sé que se siente rejuvenecido, lo intuyo en su forma de bromear y burlarse de ella. Pero más que

celos es gratitud, gratitud por hacerlo reír de esa forma. ¿Es acaso mi culpa por dejarme envejecer?

No, no me siento así, tengo cincuenta años, es cierto, pero percibo la gran influencia que tengo sobre las personas, la disfruto. Me encanta la atención que recibo del señor Bankes, haber logrado que cenara con nosotros, sacarlo de su habitación. Por eso me causa tanta indignación el notable rechazo del señor Carmichael, que huya de mí y siempre rechace mi oferta de traerle algo del pueblo. Sé que mi Lily terminará haciendo lo que yo le pida.

Lily y Minta son jóvenes hermosas, ¿pero qué destino les espera? ¿Podrá Lily vivir de sus pinturas? He escuchado al señor Tansley decirle más de una vez que las mujeres no pueden ni escribir ni pintar, ella me ha pedido que no la espíe cuando esté pintando. ¿Será que siente que voy a juzgarla? ¿Que me dará por crítica de arte y humillaré sus obras? Oh, querida, en esta casa soy yo la última que tratará de avergonzarte, sin embargo, soy la primera a la que le prohíbes verte, ¿por qué? Te escondes, te vuelves chiquita cuando hay personas a tu alrededor, pero te he observado a lo lejos pintar: aprietas el pincel cuando sientes que alguien se acerca, te tiembla la mano; cuando te sabes completamente sola se ilumina tu rostro, sonríes y entornas los ojos buscando el mejor plano. Pinta, mi niña, no dejes de hacerlo, sabes que lo que diga el señor Tansley o algún otro no es porque lo crea, sino porque necesita que sea cierto para poder imponerse.

El señor Tansley es un caso curioso, necesitado de aprobación siempre, admirador de mi esposo, impaciente por terminar su tesis. En el momento en que creo que puede resultar agradable, suelta una bomba: que las mujeres no podemos ni escribir ni pintar, que no podremos ir al faro porque hará mal clima, como si mi esposo no lo hubiera dicho ya suficientes veces. En cuanto una le da un poco de atención no deja de parlotear. ¿Es entonces que las mujeres sí podemos mantener una conversación? ¿Será que sí podemos estar al tanto de los temas de interés masculino? ¿Tenemos las mujeres capacidad para dialogar sobre filosofía y educación? Yo encuentro al señor Tansley muy sumergido en mi conversación.

¿Quién es el culpable, entonces, de mis acciones? ¿Soy yo misma? ¿El arquetipo impuesto por una sociedad meramente masculina? ¿Una relación extraña con mi madre que me dejó un arquetipo materno? ¿Será que podré saberlo en algún momento, algún día?

Por ahora, el sol me ha abandonado por completo, los niños deberían estar dormidos ya, mi taza de té se ha terminado. Mi cama se encuentra vacía. Sospecho que el señor Ramsay pasará otra noche en su estudio. Los párpados me pesan, podría equivocarme en algún punto y arruinar todo el tejido; quizá mañana pueda terminar el suéter de Cam. Sí, iré a recostarme. ¿Pero se puede dormir con tantas dudas en la mente?

Siento cómo el sueño trepa por mis dedos, cosquillea, busca enredar mi memoria, el cuerpo cada vez más pesado, la respiración más lenta: inhalo y exhalo, inhalo...

Y de pronto, vacío.

Ya no hay nada. He caído en un agujero negro. La oscuridad de la noche me abraza ¿Esa luz que entra por la ventana será la luz del faro?

\*\*\*

*([...] había muerto la señora Ramsay. Andrew y Prue habían muerto también. Su casa de verano abandonada, cubierta de polvo, entregada a la naturaleza. Regresa el resto de la familia. El césped podado de nuevo. Una pintora y su caballete en el jardín. Un poeta dormido bajo el sol. El señor Ramsay y dos de sus hijos rumbo al faro).*

## Fuentes

Canteros Rosales, María Ángeles, *De «perfecta casada» a «ángel del hogar» o la construcción del arquetipo femenino en el XIX*. Tonos digital, vol.14. 2007. Jung, Carl Gustav, *Arquetipos e inconsciente colectivos*, Paidós, Barcelona, 2003. Jung, Carl Gustav, *Psicología y religión*, Paidós, México, 2022. Woolf, Virginia, *Al faro*, Lectorum, México, 2020.